

Los suicidios de Victoria Fontaine

Mila Ortega



UNARIA
EDICIONES

Primera edición: Mayo 2023

Textos

Mila Ortega

Correcciones

Ailén Magalí Magni Mattoni

Diseño de cubierta

Alba López García

Maquetación

Akane Studio

Edita

Unaria ediciones

www.unariaediciones.com

hola@unariaediciones.com

ISBN

978-84-125564-5-2

Depósito legal

CS 336-2023

- © De los textos: sus autores
- © De las imágenes: sus autores
- © De esta edición: Unaria ediciones

Todos los derechos reservados. Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (artículos 270 y siguientes del Código Penal).

PRÓLOGO	11
1. HARLEM ST. CON LA 125	15
2. EL SUICIDIO DEL JEFE DE LA BRIGADA CRIMINAL	19
3. PALOMAS	23
4. LA TORRETA DE GENARO	27
5. JULITO SANJUÁN	33
6. EL CENICERO	39
7. EL BESO DE BRÂNCUȚI	47
8. LA ÚLTIMA ELECCIÓN	53
9. MARIO DE CALCUTA	57
10. Y AHORA QUÉ	71
11. SUNHI Y RAQUEL	81
12. EL CHICO DEL SAXO	93
13. EL CRUCERO	111
14. UN CORAZÓN ROTO	125

PRÓLOGO

No me resulta difícil hablar de Mila Ortega porque la conozco desde hace mucho tiempo, aunque en profundidad quizá haga muy pocos años. Sé de su afición a la literatura desde adolescente, gracias a la pequeña pero interesante biblioteca de su padre. Es posible que le gustara antes escribir que leer, lo cual es empezar la casa por el tejado. Le oí decir a un escritor que para ser un buen novelista hay que viajar mucho o leer mucho, además de disponer de cierta facilidad para contar historias. Como lo primero no le fue fácil era necesario lo segundo, y me consta que acabó leyendo bastante, todo lo que ha podido, no todo lo deseado y sí de muy diferentes géneros.

Los suicidios de Victoria Fontaine es una colección de catorce relatos que tienen en común una singular coincidencia: en todos los protagonistas acaban quitándose la vida. No se trata de relatos detectivescos, pues el asesino se conoce desde el principio. Son, más bien, historias de vida, lamentablemente, actuales. Los suicidios han pasado de ser un tabú a una cuestión que preocupa a la sociedad, porque quien toma semejante decisión no lo hace solo por voluntad propia sino empujado por letales circunstancias personales,

familiares, sociales... Puede que exista un factor desencadenante de la conducta suicida, pero influyen muchas variables en estas maniobras autolesivas y, tal vez, más de uno, dos o tres responsables.

A los casos concretos se suma una narradora, un personaje más que, al estilo de Clarice Lispector, aporta sus propias opiniones o comentarios enmarcados en un monólogo dramático muy sugerente. A mi juicio interviene poco, me gustaría que lo hiciera más, con intensidad y riesgo desde el punto de vista narrativo.

En todo caso, pienso que la autora ha pretendido, además de narrar la trama de unos hechos, dibujar los miedos, las dudas, las presiones, las casuales circunstancias que llevan a una persona a suicidarse. Ni se defienden ni se condenan en el libro estas conductas, se pone de manifiesto el dolor, el profundo e insondable sufrimiento que soportan los suicidas. Y es posible que estos relatos nos lleven a pensar que el ser humano es, a pesar de todo, incluidos su pasado y su presente, sus errores y sus neurosis, digno de valorar, de tener en cuenta, de no olvidarlo; y tanto en particular (una vecina, un compañero de trabajo, un hijo, una abuela) como un pueblo entero. En palabras de William Faulkner: «Es privilegio del escritor ayudar al hombre a resistir mediante el enaltecimiento de su corazón, recordándole la valentía y el honor y la esperanza y el orgullo y la compasión y la piedad y el sacrificio que han sido la gloria de su pasado. El pasado no ha muerto: ni siquiera ha pasado». También lo dijo, mucho más brevemente, Quevedo: «Yo soy un fui», que refuerza el presente, el presente de indicativo del verbo más poderoso. Solo resta aludir al futuro, que dependerá de nuestras decisiones y, necesariamente, de lo que nos dejen ser.

M.O.

Me llamo Victoria Fontaine. Nací en una ciudad pequeña, en el interior de un país no muy grande y en una familia humilde; no llegamos a pasar hambre, pero nadie nos regaló nada. Todo lo que mis padres pudieron obtener o lo que yo lograra fue con el esfuerzo, la dedicación y la austeridad que la situación nos imponía. Tres hermanos de un padre funcionario y una madre, ama de casa, en un lugar donde poco pasaba desapercibido al cotilleo de un provincianismo superficial, irrespetuoso y muy cruel.

Amo el mar, quizá porque siempre lo tuve lejos, y escribir, porque siempre lo tuve a mano. No necesitaba nada más que una historia que contar o un suceso que describir. Y esa fue la sección que me asignaron cuando empecé a trabajar en el periódico de mi ciudad. Al principio me pareció un poco siniestro, con el tiempo descubrí lo apasionante que resulta escudriñar en la condición humana, y narrar cuanto acontece en ella y se desconoce. Qué diferentes eran las cosas vistas desde fuera, cómo cambiaba la percepción de la realidad dependiendo de quién interpretara los hechos.

Atesoro conocimientos como un coleccionista de bichos raros o un avaro incorregible. Lo mío son los libros e informes. Me encierro en mi despacho o en mi apartamento con terraza en el centro y leo. Leo a todas horas: criminalística, medicina forense, psicología criminal, investigación policial, técnicas de revelación de pruebas, historia, geografía, ensayos (¡me encantan los ensayos!), sociología, antropología... Un poco de todo, no desdeño nada que llame mi atención. Y escribo, escribo durante las pocas horas que me quedan libres la lectura y el periódico.

Soy una persona muy observadora, racional, solitaria, austera, puede que algo fría. Dicen que distante y reservada, eso sí, cómo si no podría dedicarme a esto. Nunca revelaré mis fuentes y tampoco los detalles escabrosos, a pesar de que haya tenido muchas discusiones al respecto con mis jefes sobre este asunto. No lo descubro todo por un titular y eso ha estado a punto de costarme el puesto. Sin embargo, cuando se me ocurrió la idea de escribir esta colección de relatos sobre uno de los temas que más me apasionan, pensé que con la literatura de por medio sería distinto, podría profundizar. Solo era preciso mantener el anonimato de los personajes, cambiar algunos detalles y añadir algo de ficción, bajo un autor asimismo ficticio. Elegí un nombre de mujer pero puedo ser un hombre. «Con un poco de imaginación», me dije, «haré de unos casos fríos y distantes (como yo) una colección de historias de vida, en principio comunes, y finalmente convertidas en interesantes, curiosas, sorprendentes». Y a ello me puse, contando con una experiencia profesional muy favorable y la ilusión de dejar algo de mí en este libro. «A menos que tengas algo que puedas llevarte más allá de la muerte, no tienes nada en absoluto, tus manos están vacías», reza un aforismo budista.

HARLEM ST. CON LA 125

El negro es un color fascinante, lo suma todo, lo integra todo. A mí me encanta vestir de negro cuando quiero ir discreta, sin apenas adornos. La elegancia es la ausencia de lo innecesario. Con un vestido negro y unos zapatos de tacón no hace falta más. El negro también puede ser el color de las injusticias. Tantos años después de la abolición de la esclavitud, hombres y mujeres siguen padeciéndolas por el color de su piel.

Hay días en los que nada más levantarte empiezas a encontrar obstáculos, tropiezas con el pico de la alfombra, te golpeas el dedo meñique del pie, derramas el café, no encuentras la camisa blanca, y cuando pierdes el autobús exclamas: «¡tenía que haberme vuelto a acostar!» Sí, a veces, pienso que los astros, las mareas, el tráfico y los vecinos se ponen de acuerdo para que nada te salga bien. Es tan increíble que buscas desesperadamente un culpable porque no has hecho nada, solo apagar el despertador. Quizá fuera bueno deshacernos de los despertadores.

La pequeña historia que sigue se la oí contar a un famoso periodista de un programa de la televisión estadounidense que entrevista a personajes destacados de la vida

pública. Uno de ellos fue el benefactor del protagonista de este relato. He cambiado nombres y añadido bastantes detalles, para que resultara algo más interesante que una simple noticia de sucesos en la prensa y, probablemente, poco tendrán que ver con la realidad. Sin embargo, lo esencial ocurrió tal y como se cuenta.

Will era un joven poco dócil que notaba cómo lo miraban con recelo, no todo el mundo ni en todos sitios, pero sí con cierta frecuencia. Y eso le parecía increíble, ya que estaba cansado de oír a políticos y periodistas lo que se había avanzado en la eliminación del racismo. Las leyes eran bien claras. Sin embargo, en el autobús, en el colegio o en el supermercado pequeños matices le confirmaban lo contrario. Él nunca robó aquella mochila, no recordaba al chico que se refugió de la tormenta bajo el mismo porche del cine del barrio, y que resultó ser el hijo de un congresista. Solo recordaba los truenos ensordecedores y una lluvia intensa que empezó a descargar al momento. En cambio, no olvidaba que era el único negro bajo aquel tejado, y que tuvo que subirse mucho el cuello de la cazadora para protegerse de las miradas (algunas miradas son más tormentosas e incisivas que un relámpago). Fueron unos minutos y, en cuanto pudo, se marchó con discreción y apurando el paso para llegar pronto a casa. Acababa de cumplir dieciocho años y lo que pasó una semana después fue sencillamente inexplicable. Debía estar viviendo una pesadilla (pensaba), un sueño del que se despertaría bañado en sudor, como el que sufría de niño: le perseguían y cuanto más corría, más lentamente se movían sus piernas. Pero no era una pesadilla. De pronto, todo se volvió negro como su piel, tan oscuro como el color de aquella mochila que jamás había visto, una mochila como tantas.